

ZIG-ZAG



Rudyard Kipling

Algo de mi mismo

Después de contar tanto, el escritor Rudyard Kipling (Bombay, 1865-Londres, 1936) cuenta algo de sí mismo. Algo de mí mismo (1936) es el último libro escrito por el autor de Puck, El libro de la selva, Kim y Capitanes intrépidos, entre otras historias que aquí confiesa destinadas a niños que no supiesen que eran para mayores. Estas memorias póstumas sorprendieron porque Kipling, tan del imperio británico, vino a demostrar una irónica y reconfortante capacidad de autocrítica personal y nacional, que en ningún caso impiden considerar su vida y su obra un ensueño de civilización más que un atajo civilizador o político. Desde la infancia en la India, cuyo ritmo se funde con el de las estaciones del año, plenas a los sentidos y a la emoción de las cosas, hasta el Londres familiar y prerrafaelita y literario; los viajes y estancias por cinco continentes y la recepción del premio Nobel con 41 años, en una Suecia nevada y silenciosa. Algo de mí mismo es el relato de una vocación en que lo imaginado es siempre un más allá de pureza que brinda lo real. Memorias de un escritor y con más de un guiño al oficio -revelan, entre otros secretos, la verdadera naturaleza del poema «Si...», traducido a todos los idiomas del ideal humano-, siempre lejos del coágulo del yo, Algo de mí mismo es algo de nosotros mismos: el mayor libro de aventuras de un escritor de aventuras.

PARA MIS AMIGOS CONOCIDOS Y DESCONOCIDOS

Capítulo 1

UNA INFANCIA
1865-1878

*Dadme los seis primeros años de la vida
de un niño y tendréis el resto*

Al mirar atrás desde éstos mis setenta años, tengo la impresión de que, en mi vida de escritor, todas las cartas me han tocado de tal modo que no he tenido más remedio que jugarlas como venían. Así pues, atribuyendo cualquier buena fortuna a Alá, de quien todo viene, doy comienzo:

Mi primer recuerdo es el de un amanecer, su luz y su color y el dorado y rojo de unas frutas a la altura de mi hombro. Debe de ser la memoria de los paseos matutinos por el mercado de frutas de Bombay, con mi aya y después con mi hermana en su cochecito, y de nuestros regresos con todas las compras apiladas en éste. Nuestra aya era portuguesa, católica romana que le rezaba —conmigo al lado— a una Cruz del camino. Meeta, el criado hindú, entraba a veces en pequeños templos hindúes en los que a mí, que no tenía aún edad para entender de castas, me cogía de la mano mientras me quedaba mirando a los dioses amigos, entrevistados en la penumbra.

A la caída de la tarde paseábamos junto al mar a la sombra de unos palmerales que se llamaban, creo, los Bosques de Mhim. Cuando hacía viento, se caían los grandes cocos y corríamos —mi aya con el cochecito de mi hermana y yo— a la seguridad de lo despejado. Siempre he sentido la amenaza de la oscuridad en los anocheceres tropicales, lo mismo que he amado el rumor de los vientos nocturnos entre las palmas o las hojas de los plátanos, y la canción de las ranas de árbol.

Había barcos árabes que se iban muy lejos por las aguas color perla, y parsis ataviados alegremente, que desembarcaban a adorar la puesta de sol. Nunca supe nada de sus creencias, ni que cerca de nuestra pequeña casa de la Explanada estaban las Torres del Silencio, donde los muertos son expuestos a los buitres que esperan en los aleros de las torres; buitres que empezaban a andar y a desplegar las alas nada más ver abajo a los portadores del muerto. No entendí la pena de mi madre cuando encontró «una mano de niño» en el jardín de casa y me dijo que no hiciera preguntas sobre aquello. Yo quería ver aquella mano de niño. Pero el aya me lo contó.

En el calor de las tardes, antes de la siesta, o ella o Meeta nos contaban historias y canciones infantiles indias que nunca he olvidado, y nos mandaban al comedor una vez que nos habían vestido con la advertencia de «Ahora, a papá y a mamá, en inglés». Así que uno hablaba «inglés» traducido con titubeos del idioma vernáculo en que uno pensaba y soñaba. Mi madre cantaba maravillosas canciones al piano, un piano negro, y después salía a Grandes Cenas. Una vez volvió muy pronto, estaba yo aún despierto, y me dijo que «al gran Lord Sahib» lo habían asesinado y ya esa noche no iba a haber Gran Cena. Se trataba de Lord Mayo, asesinado por un indígena. Meeta nos explicó después que le habían «clavado un cuchillo». Meeta me salvaba, sin saberlo él, de cualquier temor nocturno o del miedo a la oscuridad. El aya, por una curiosa y servicial mezcla

de cariño de verdad y estrategia burda, me había contado que la cabeza disecada de leopardo que había en el cuarto de los niños estaba allí para asegurarse de que me iba a la cama. Pero Meeta le quitó importancia a aquella «cabeza de animal», de la que yo me olvidé como fetiche, bueno o malo, porque no era más que un «animal» sin especificar.

Fuera de la casa y de los espacios verdes que la rodeaban había un sitio estupendo, que olía mucho a pintura y óleo y con pegotes de barro con los que jugar. Era el taller de la Escuela de Arte de mi padre. Y un ayudante suyo, el señor «Terry Sahib», a quien mi hermana adoraba, era muy amigo nuestro. Una vez, al ir solo hacia allá, pasé por el borde de un enorme barranco de dos palmos, en donde me atacó un monstruo alado igual de grande que yo, y eché a correr llorando. Mi padre me hizo un dibujo de la tragedia, con unos versos debajo:

*Un niño de Bombay
huyó de una gallina.
Le dijeron mocoso.
Y dijo: bueno, sí,
pero es que no me gustan.*

Me consolé con eso y, desde entonces, siempre me han caído bien las gallinas.

Después pasaron aquellos días de luz clara y de oscuridad, y hubo un tiempo en un barco con grandes semicírculos que tapaban la vista a los dos lados. (Debió de ser el viejo vapor *Ripon*, de la P. & O.) Hubo un tren que atravesaba un desierto (aún no se había abierto el Canal de Suez) y un alto en la travesía, y una niña pequeña envuelta en un chal en el asiento frente al mío, y cuya cara permanece. Hubo después un país oscuro y una habitación fría y más oscura en uno de cuyos muros una mujer blanca preparaba un fuego y yo lloré de pánico. No había visto nunca una chimenea.

Vino luego otra casa pequeña, que olía a sequedad y a vacío, y el adiós de mi padre y de mi madre al amanecer, cuando me dijeron que tenía que aprender pronto a leer y escribir para que me pudieran enviar cartas y libros.

Pasé en aquella casa cerca de seis años. Era de una mujer que hospedaba a niños cuyos padres estaban en la India. Su marido era un viejo capitán de la Armada que había sido guardiamarina en Navarino y después había tenido un accidente con la cuerda del arpón mientras pescaba ballenas: se enredó y la cuerda lo arrastró hasta que consiguió desprenderse de puro milagro. Pero la cicatriz se le quedó en el tobillo para toda la vida: una cicatriz negra y seca, que yo solía mirar con tanto horror como interés.

La casa estaba en los arrabales últimos de Southsea, cerca de un Portsmouth que no había cambiado mucho desde Trafalgar. Era el Portsmouth de *junto al cenador de Celia* de Sir Walter Besant. Se amontonaba allí madera para una Armada cuyos acorazados, como el *Inflexible*, estaban todavía en fase experimental. Los pequeños bergantines-escuela pasaban por delante del castillo de Southsea, y el fuerte de Portsmouth era como siempre había sido. Aparte de todo esto estaba la desolación de la isla de Hayling, el fuerte de Lumps, y la aislada aldea de Milton. Yo daba largos paseos con el capitán, y una vez me llevó a ver un barco llamado *Alert* (o *Discovery*), a su vuelta de unas exploraciones árticas y con la cubierta llena de viejos trineos y troncos y con el timón de repuesto cortado a trozos para que se los llevaran de recuerdo. Un marinero me dio un trozo, pero lo perdí. Después el viejo capitán murió y yo lo sentí mucho, porque era la única persona de aquella casa que me dirigió, que yo recuerde, alguna palabra amable.

Era una casa llevada con todo el vigor de la Iglesia Evangélica revelada a aquella mujer. Yo nunca había oído hablar del infierno, así que allí me adentraron en todos sus horrores; a mí y a cualquier pobre criada que hubiera en la casa, cuyo severo racionamiento la hubiera obligado a ro-

bar comida. Vi una vez a la mujer pegarle de tal modo a una niña, que ésta estuvo a punto de defenderse con el atizador de la cocina en alto. Yo mismo me llevaba constantes palizas. La mujer tenía un solo hijo, de doce o trece años y tan religioso como ella. Yo era una especie de juguete para él, y cuando su madre me había dado la paliza diaria, él (dormíamos en el mismo cuarto) me cogía por su cuenta y me daba el resto.

Si se le pregunta a un niño de siete u ocho años lo que ha hecho durante el día (sobre todo cuando está deseando irse a dormir), incurrirá en bastantes contradicciones. Si cada contradicción se considera una mentira y se le afea en el desayuno, la vida empieza a no ser fácil. He conocido bastantes maneras de intimidar, pero aquello era tortura premeditada, tan religiosa como científica. No obstante me sirvió para darme cuenta de las mentiras que muy pronto me vi obligado a decir: es, supongo, el origen de una vocación literaria.

Me salvó mi ignorancia. Se me obligaba a leer sin explicaciones bajo el frecuente miedo al castigo. Y llegó un día en que recuerdo que la «lectura» aquella ya no era «había un gatillo en un esterillo», sino el camino hacia algo que habría de hacerme feliz. Así empecé a leer todo lo que encontraba. Tan pronto como se supo que esto me daba placer, la privación de la lectura se añadió a los castigos. Fue entonces cuando empecé a leer a escondidas y en serio.

No había muchos libros en aquella casa, pero mi padre y mi madre, nada más saber que había aprendido a leer, empezaron a enviarme volúmenes magníficos. Hay uno que todavía conservo, un ejemplar encuadernado del *Aunt Judy's Magazine* de principios de los años setenta, y que incluía el *De los seis a los dieciséis años* de la señora Ewing. A ese cuento, en cuestión de circunloquios, le debo muchísimo. Llegué a sabérmelo, y todavía me lo sé, casi de memoria. Se hablaba allí de personas y cosas de verdad. Era mejor que *los Cuentos de la hora del té* de Knatchbull-Hu-

gessen; mejor incluso que *El viejo Shikarri*, con sus grabados de jabalíes que embestían y de tigres furiosos. De otra categoría era una vieja revista donde venía el «Subí a la cumbre oscura del gran Helvellyn» de Scott. Nunca llegué a entenderlo, pero aquellas palabras tenían emoción y me gustaban. Lo mismo me pasaba con fragmentos de poemas de «A. Tennyson».

Un visitante, también, me regaló un pequeño libro de cubierta granate y contenido de moral muy severa titulado *La esperanza de los Katzekopfs*, acerca de un niño malo que se volvía bueno, pero que contenía un poema que empezaba «Adiós, prodigios y recompensas» y terminaba con una invitación «A rezar por la "mollera" de William Churne de Staffordshire». Esto habría de dar fruto.

Y, no recuerdo cómo, di con un cuento sobre un cazador de leones en Sudáfrica, que acabó entre unos leones que eran todos de la masonería y con ellos formó una confederación contra unos monos perversos. Creo que también esto se me quedó aletargado hasta que empezó a surgir *El libro de la selva*.

Aquí me viene a la cabeza la memoria de dos libros de versos sobre la vida en la infancia cuyos títulos he intentado recordar en vano. Uno, grueso y azul, describía «nueve lobos blancos» que venían «de las dunas» y me conmovía en lo más hondo; y también ciertos salvajes que «pensaban que el nombre de Inglaterra era una cosa que no podía arder».

El otro libro —grueso y marrón— estaba lleno de hermosas historias en métricas extrañas. Una niña se convertía en rata de agua «de modo natural»; un muchacho le curaba la gota a un viejo con una hoja fría de col y, no se sabía cómo, «cuarenta duendes malvados» se colaban en el argumento; y un «Encantamiento» salía de las tuberías de la casa con una escoba y trataba de barrer del cielo las estrellas. Debió de ser un libro impropio de aquella edad, pero nunca he sido capaz de recordar su título, como tampoco la

canción que una niñera me cantaba en la playa, en las puestas de sol de Littlehampton, cuando yo aún no había cumplido los seis años. Pero la impresión de maravilla, fascinación y miedo y las franjas rojas del sol poniente permanecen, más nítidos que nunca.

Uno de los criados de la Casa de la Desolación era de Cumnor, nombre que yo asociaba a la tristeza y a la soledad y a un cuervo que «agitaba las alas». Años después identifiqué los versos: «Y tres veces el cuervo agitó el ala cerca de las torres de Cumnor». Pero me resulta imposible precisar cómo y cuándo oí por primera vez los versos que dan esa sombra. A no ser que el cerebro retenga todo lo que roza los sentidos y seamos nosotros los que no lo sabemos.

Cuando mi padre me envió un *Robinson Crusoe* con ilustraciones, puse por mi cuenta un negocio de trata de esclavos (los capítulos del naufragio no me interesaron nunca mucho), y establecí mi solitaria sede en un sótano húmedo. Mi utillaje era una cáscara de coco atada con una cuerda roja, un cofre de lata y una caja de embalar que era la frontera con el resto del mundo. Así protegido, todo lo que quedaba dentro de la cerca era verdadero, aunque se mezclara con el olor de los aparadores mohosos. Si alguna tabla se caía, tenía que reanudar la magia. Después he sabido, por niños que juegan solos, que esta norma del constante volver a empezar en este tipo de juego fantástico no es infrecuente. Por lo visto la magia reside en el cerco o refugio que uno se construye.

Recuerdo que una vez me llevaron a una ciudad que se llamaba Oxford y a una calle que se llamaba Holywell, donde me llevaron a ver a un dios que, me dijeron, era el preboste de Oriel; nunca lo entendí, pero supuse que era una especie de ídolo. Y fuimos dos o tres veces, todos nosotros, a pasar un día entero de visita a casa de un señor mayor que vivía en el campo cerca de Havant. Allí todo era maravilloso y muy distinto de mi mundo, y él tenía una her-

mana, también vieja, que era amable, y yo jugaba en el calor de los prados, que olían bien, y comía cosas que nunca había probado.

Tras una de aquellas visitas, la señora y su hijo me sometieron al tercer grado preguntándome si yo había dicho al señor mayor que yo estaba más orgulloso de él que el hijo de ella. Debió ser el final de alguna que otra intriga sordida, pues el señor mayor era pariente de aquella infeliz pareja. Pero me era imposible comprender aquello. Lo único que me había preocupado era un cariñoso poni que había visto en la finca. No sirvieron de nada mis confusos intentos de aclarar el malentendido, y una vez más la alegría que me habían notado quedó compensada con los castigos y la humillación, sobre todo humillación. Esa alternancia era constante. No puedo sino admirar la laboriosidad infernal de aquellas tramas. *Exempli gratia*. Un día, al salir de misa, sonreí. El Muchacho Diabólico me preguntó por qué. Con sinceridad de niño, le dije que no sabía. Él añadió que *tenía* que saberlo. La gente no se ríe por nada. Sabe Dios qué explicación improvisé, pero fue transmitida a la mujer como «mentira». Resultado: toda la tarde en el piso de arriba aprendiéndome oraciones. Me aprendí así la mayoría de las oraciones y buena parte de la Biblia. El hijo, tres o cuatro años después, entró a trabajar en un banco y a la vuelta solía estar demasiado cansado para torturarme, salvo cuando las cosas le habían ido mal. Empecé a saber qué iba a ocurrir por el ruido de sus pasos al entrar en la casa.

Pero todos los años, durante un mes, yo poseía un paraíso que sin duda fue lo que me salvó. Pasaba todos los diciembres con mi tía Georgie, hermana de mi madre que estaba casada con *Sir Edward Burne-Jones*, en «The Grange», en North End Road. Las primeras veces debí de ir acompañado, pero luego ya iba solo y, al llegar a la casa, alcanzaba de puntillas la campana de hierro labrado de la maravillosa puerta que daba a la felicidad. Cuando de mayor tuve casa propia y «The Grange» ya no era lo mismo,

rogué y conseguí que me diesen para la puerta aquel llamador, que puse con la esperanza de que otros niños serían también felices al hacerlo sonar.

En «The Grange» me daban todo el cariño que el más exigente —y yo no era muy exigente— hubiera podido desear. Había un maravilloso olor a pintura y a trementina que venía del gran estudio del piso de arriba, donde mi tío pintaba. Yo disfrutaba de la compañía de mis dos primos y había un árbol con moras, inclinado, al que nos subíamos para tramar juntos. Había, en el cuarto de juegos, un caballo que se balanceaba y una mesa que, inclinada sobre dos sillas, se convertía en un magnífico tobogán. Había cuadros, terminados o a medio terminar, de colores preciosos y, en los cuartos, sillas y aparadores únicos en el mundo, porque William Morris —nuestro «Tío Topsy» adoptivo— empezaba a fabricarlos por aquel entonces. Había un constante ir y venir de jóvenes y mayores que siempre estaban dispuestos a jugar con nosotros, excepto un anciano llamado «Browning», que inexplicablemente no prestaba atención a las peleas que estaban ocurriendo cuando entraba. Lo mejor de todo, sin comparación, era cuando mi amada tía nos leía *El pirata* o *Las mil y una noches*, en tardes en que uno se tumbaba en los grandes sofás, tomaba tofis y llamaba a los primos «¡Eh, nene!» o «Hija de mi tío» o «Inocente».

Más de una tarde, el tío, que tenía una voz magnífica, jugaba con nosotros, aunque en realidad lo que hacía era dibujar en medio de nuestro alboroto. Nunca estaba inactivo. Hicimos que una silla del vestíbulo, cubierta con una tela, le sirviera de asiento a «Norma la cambiante» y le hacíamos preguntas hasta que el tío se metió debajo de la tela y empezó a darnos respuestas que nos emocionaban y nos daban escalofrío, con la voz más grave del mundo. Y una vez bajó en plena jornada con un tubo de pintura «Mummy Brown» en la mano, y dijo haber descubierto que estaba hecha de faraones muertos y que, como tal, teníamos que enterrarla. Así que todos salimos y le ayudamos, según los

ritos de Mizraim y Menfis, confío. Todavía hoy yo podría ir con una pala y errar muy poco el punto exacto donde aquel tubo seguirá enterrado.

A la hora de acostarnos corríamos por los pasillos, donde infinidad de bocetos se apoyaban en las paredes. El tío solía pintar primero los ojos y dejar el resto al carbón, lo que hacía un efecto impresionante. De ahí nuestra prisa en subir hasta el rellano de la escalera, desde donde podíamos asomarnos y oír el ruido más agradable del mundo: la risotada grave y unánime de los hombres durante la cena.

Era una mezcla de delicias y emociones que culminaba cuando nos dejaban tocar el gran órgano del estudio para la buena de mi tía, mientras el tío pintaba o «Tío Topsy» entraba con mil pretextos sobre marcos de cuadros o vidrios de colores o acusaciones generales. Era entonces difícil mantener bajo la raya de tiza la pequeña plomada, y si el órgano terminaba desafinando la tía lo lamentaba. Nunca se enfadaba. Nunca.

Por lo general Morris no se enteraba de nada que no tuviera en la cabeza en ese momento. Pero recuerdo una asombrosa excepción. Mi prima Margaret y yo, que tendríamos entonces ocho años, estábamos en el cuarto de los niños comiendo pan negro con manteca de cerdo, que es un manjar de dioses, cuando oímos a «Tío Topsy» que llamaba en el vestíbulo, como solía, a «Ned» o a «Georgie». Eso quedaba fuera de nuestro mundo. Por eso nos impresionó más el que, al no encontrar a los mayores, entrara y nos dijera que iba a contarnos un cuento. Nos sentamos debajo de la mesa que solíamos usar de tobogán y, tan serio como siempre, se subió a nuestro gran caballo de juguete. Así, balanceándose lentamente mientras el pobre animal crujía, nos contó una historia fascinante y terrorífica, sobre un hombre que había sido condenado a tener pesadillas. Una de ellas era la de un rabo de vaca que se movía desde un montón de pescado seco. Después, el tío se fue tan de repente como había venido. Con los años, cuando crecí lo

bastante para conocer las angustias del escritor, caí en la cuenta de que aquel día seguramente oímos la saga de Njal el Quemado, que entonces lo ocupaba. A falta de adultos, y con la necesidad de decir la historia en voz alta para clarificarla, recurrió a nosotros.

Pero llegaba el día —uno intentaba no pensar en él en que el maravilloso sueño terminaba, y había que volver a la Casa de la Desolación, y allí amanecer llorando los dos o tres días siguientes. Con la consecuencia de más castigos e interrogatorios.

Muchas veces, con el tiempo, mi amada tía me preguntó por qué nunca le había contado a nadie cómo me trataban. Los niños cuentan casi tan poco como los animales, y es que aceptan lo que les ocurre como algo eternamente establecido. También es que los niños maltratados se hacen una idea muy clara de lo que les puede ocurrir si revelan los secretos de una cárcel antes de salir de ella.

Para ser justos con aquella mujer, debo decir que me daban bien de comer. (Me acuerdo de un regalo que le hicieron, unas «frutas» rojas llamadas «tomates», que, después de mucho pensarlo, hirvió con azúcar, y estaban asquerosos. La carne en conserva de aquellos días era ternera australiana en una manteca que se cuarteaba, y cordero asado, difícil de tragar.) Y aquella vida no era mala preparación para el futuro, en cuanto que requería constante cautela, la costumbre de observar, el reparar en ánimos y humores, y en la frontera entre las palabras y los hechos, una cierta reserva en la conducta, y la automática sospecha sobre los favores repentinos. Fra Lippo Lippi descubrió en su propia infancia, aún más dura,

*por qué, tan aguzada el alma como el juicio,
distingue la apariencia de las cosas,
pero para aprender.*

Lo mismo me pasaba a mí.

Los problemas se me solucionaron a los pocos años. Se me estropeó la vista y no podía leer bien. Razón por la cual tuve que leer más y con menos luz. La consecuencia fue que se resintió mi trabajo en el pequeño y terrible colegio al que me habían enviado y las notas mensuales así lo demostraban. La supresión de tiempo de lectura fue el peor de mis castigos «para casa» por el mal rendimiento escolar. Una de las notas fue tan mala que la tiré y dije que no me la habían llegado a dar. Pero este mundo es muy complicado para el mentiroso aficionado y la trama de mis engaños fue rápidamente desvelada —al hijo, después del trabajo en el banco, le quedaba aún tiempo para contribuir al auto de fe— y me volvieron a pegar y me enviaron al colegio por las calles de Southsea con un cartel a la espalda que decía *Mentiroso*. A la larga, estas cosas y muchas otras parecidas, me anularon toda capacidad de verdadero odio personal para el resto de mi vida. Así de cerca están cualquier pasión, de las que llenan la vida, y la contraria. «¿Cómo le va preocupar el vidrio a quien conoce el diamante?».

Debió de venir después algún tipo de crisis nerviosa, porque yo creía ver sombras y cosas que no había y que me preocupaban más que aquella mujer. Mi pobre tía debió de enterarse y vino un hombre a verme los ojos y concluyó que estaba medio ciego. Esto también cayó bajo sospecha de ser «mentira» y llegaron a separarme de mi hermana —otro castigo— como a una especie de leproso moral. Entonces —no recuerdo que hubiera aviso previo volvió mi madre de la India. Con el tiempo me contaría que la primera vez que subió a mi cuarto a darme un beso de buenas noches, yo levanté el brazo para defenderme del bofetón al que me tenían acostumbrado.

Me sacaron enseguida de la Casa de la Desolación. Durante meses corrí a gusto por una pequeña granja junto al bosque de Epping, donde no había motivos para acordarme de mi pasado culpable. Salvo con las gafas, que eran al-